

y como notan el B. Alvear y mi ilustrado amigo el doctor Gutiérrez, es «una mezcla de sorpresa, de admiración y de misterio,» *Tupá*, ¿quién eres? ¿Qué otra cosa representa sino el deslumbramiento de una adivinación, que halaga el espíritu, pero no lo vivifica, y en cuyo seno radioso no le es dado penetrar? El cielo poético precede al cielo de la conciencia, como la imaginación al discurso, como la belleza risueña de la aurora á los fecundantes ardores del meridiano.—Pero aun este sentimiento no aparece sino como en relámpagos inesperados, repentinas fosforescencias del espíritu en aquellas naciones, que no alcanzaban ni aun la escala deprimida de una civilización rudimental. Apenas en las tribus que profesaban hábitos sedentarios, podríamos percibir un elemento más favorable para la cultura. Por lo que respecta á la gran totalidad guaraní, era la creación pensante aletargada como en su edad intermedia y amarrada en las tinieblas, esperando el resplandor de su Cristo y de su luz, semejante al león de Milton, cuya cabeza sacudía la melena y estremecía el aire con sus rugidos, adherida aun á la masa confusa é indeterminada de la materia en formación. Tal era, señores, el hombre indígena del territorio argentino. Sobre este elemento venía á obrar la conquista. En la conferencia venidera estudiaremos el espíritu que introducía en su colonización, y los recursos con que lo hacían triunfar.

CONFERENCIA III

Conquista del Río de la Plata.—Adelantazgo de don Pedro de Mendoza. Anarquía. Adelantazgo de Cabeza de Vaca. Gobierno de Martínez de Irala.—Idea general de la conquista. Las encomiendas consideradas como hecho histórico, como institución política y como principio económico.

SEÑORES:

Cupo en suerte la colonización de la América meridional á una nación que en aquella época distaba de encontrarse en aptitud propicia para realizar sus ambiciosos proyectos con rapidez y con acierto.—El Río de la Plata ha sentido en todo su peso la evidencia de tan amarga verdad. La España de Carlos V, estaba oprimida por la gloria de su poderoso monarca.—Las libertades españolas caían una á una á los embates del absolutismo; y venían á converger violentamente en el trono los extensos privilegios de la nobleza feudal, diestra y vigorosamente zapados por los Reyes Católicos, y con ellos los derechos municipales de las ciudades condecoradas, contrapeso

del poder de los señores, que los monarcas no podían tolerar cuando limitaban su autoridad. Esta reacción, saludable bajo el punto de vista del desarrollo histórico de la libertad, no fué por eso menos dolorosa, cuando se perciben desde los progresos de la política contemporánea, los distintos caminos, que podrían haberse abierto el reinado de la igualdad. Como quiera, sujetaba la nación al capricho de un guerrero audaz, soberbiamente dotado por la naturaleza, hombre dominador por temperamento y de voluntad irresistible, que se embriagaba en los sueños de gloria y de poder, con que le brindaba un siglo corrompido. El espectáculo del siglo XVI, es en efecto, un cuadro sombrío, en que el observador encuentra de relieve y por único pasto á la atención, el disimulo, el perjurio, la sed de la conquista, y las artimañas de una diplomacia sin conciencia, que perseguía sus fines por cualesquiera medios, y no tenía otro criterio sino el del interés, medido por la ambición. Reinaba en las cortes yo no sé qué aire peculiar, que corrompía todos los caracteres. Almas del temple de la del cardenal Giménez y de Federico el Prudente, eran almas huérfanas, y hasta los pueblos se hacían cómplices de los delirios que embargaban el espíritu de los monarcas. Adriano de Utrech, moría despreciado. Jamás se ha visto con mayor evidencia á Maquiavelo puesto en acción.—Una pléyade de reyes brillantes, Carlos V, Francisco I, Soliman el Magnífico hasta el terrible Barba Roja, parecían conjurados en

jugar el honor de la moral y la sangre y la libertad de los pueblos al azar de su vanidad personal. La España, en cuyo seno desfallecía el impulso impreso por Isabel la Católica á los estudios clásicos, suplantados por el peripato del cardenal Giménez, entregaba, como acabo de indicar, una por una las trincheras de la antigua constitución de la monarquía, ahogados los estallidos con que los comuneros en Castilla, y la Germania en Valencia, defendían sus últimos baluartes.—Solicitada la atención del reino en sentidos diversos, ya por los negocios interiores ya por los peligros y aventuras de la política del imperio, cortísima era la que podía prestar á los negocios del Nuevo Mundo, y aun esa se reconcentraba en las hazañosas empresas de Cortés y de Pizarro. El error en que incurrieron los compañeros de Gaboto, atribuyendo al Río de la Plata una gran riqueza mineral por haber encontrado en manos de los indios de Charcas los despojos de Alejo García, movió, sin embargo, el ánimo de un aventurero á pedir á Carlos el adelantazgo de las tierras que descubriera en el viaje que se decidió á emprender á su propia costa.

Era este D. Pedro de Mendoza, noble y opulento soldado, que combatió en las guerras imperiales de Italia, asistiendo al asalto y saqueo de Roma en el ejército que comandaba el condestable de Borbón. El *Rey blanco*, personificación ideal de la espléndida riqueza del territorio argentino, atrajo á la expedición de Mendoza un número considerable de personajes altamente

colocados por su nacimiento, y en Septiembre de 1534, la escuadra montada por cerca de dos mil emigrados, se hacía á la vela en la barra de San Lúcar. La sangre de Osorio, vertida inicuamente en un acceso de vituperable envidia del adelantado, manchó la expedición en las playas brasileras, y no parecía, sino que por largo tiempo demandó venganza; tal fué la suerte azarosa de la conquista en sus primeros tiempos.

En Enero del año siguiente, desembarcaron en la margen derecha del Río de la Plata. El cielo trasparente estaba inundado de luz, y las corrientes livianas de una atmósfera apacible y risueña, transportaban el aroma de las yerbas y de las flores silvestres, encantando el verde paisaje de la llanura ceñida por las olas mansas del río salvaje, como una esperanza que resbala sobre la paz del alma tranquila. *¡Qué buenos aires los de este sitio!* exclamó el aventurero Sancho del Campo, al respirar aquel ambiente. Buenos Aires se llamó, recogiendo este grito de placer, la nueva población cuyas trincheras de tapia comenzaron á construirse el 2 de Febrero de 1535, instalándose ese mismo día el Cabildo de la ciudad con las personas, que traían de España la competente investidura.

Duros desencantos les estaban reservados á los conquistadores, cuando se persuadieron de que en vez de encontrar en el Río de la Plata, naciones opulentas, cuya ignorancia debía colmarlos de caudales hasta saciar su ambición, sin arras-

trar las penalidades del trabajo, el destino los colocaba en frente de tribus bárbaras, valientes y tan pobres como resueltas á rechazar el yugo con que se les brindaba. La conquista adolecía además del defecto de su dirección. Mendoza había ilustrado su nombre en las guerras del emperador; pero no abrigaba un alma iniciadora, independiente y capaz de sobreponerse por energía moral á los desvíos de la suerte; y nada menos que un espíritu de ese temple se requería para atreverse á penetrar en una masa inmensa de bárbaros, con pocos soldados en custodia de la bandera á cuyo fervor venía á exigir vasallaje.— El coraje de Mendoza era de esos que se desenvuelven entre los halagos de la fortuna, que van altivos y serenos en tanto que la suerte les sonríe, y que á lo más pueden arrostrar la adversidad, amparándose, á la sombra de una personalidad verdaderamente vigorosa, que los retemple, los estimule con su ejemplo y desafie y domine cuanto redunde en su hostilidad. Los hombres se prueban en la crisis, en el combate y en el dolor. Las almas, cuya virilidad se agota en la contrariedad, y que no encuentra en sus propósitos la fuerza necesaria para reaccionar contra las tribulaciones, no han nacido para imponer leyes á los hombres. El conquistador, al revés, vive como en su propio elemento en el día del combate, cuando todas las fuerzas de la fortuna se desencadenan contra su estrella. Don Pedro de Mendoza no se acercaba á este tipo, que tuvo sus expresiones en América, Cortés

en Méjico, Pizarro en el Perú, Valdivia en Chile, Irala en el Río de la Plata.

Apenas posesionados del territorio argentino por aquellos actos ceremoniosos, que revestían un sello de legitimidad de que el hombre del siglo XVI no dudaba jamás, estalló la resistencia de los naturales con inesperado entusiasmo. Los españoles fueron bien recibidos al principio, pero pocos días tardaron en verse privados de los víveres con que los indios venían en su auxilio.—La imprevisora violencia con que algunos subalternos los reclamaron, atrajo á la vez sobre la naciente colonia el hambre y el combate.

Ved aquí un hecho culminante: ellos se enajenaron la simpatía de los bárbaros y provocaron insensatamente su resistencia. Todos los desastres que la guerra primitiva trajo para la colonización y para el porvenir de la sociedad civilizada, son imputables á aquel extravío, producto mortal de las preocupaciones contemporáneas, y de las pasiones peculiares á la ventura armada.

Mendoza comenzaba á vacilar. Juan de Oyolas, su denodado teniente, marchó hacia el interior en busca de víveres, que á la vez debía buscar Gonzalo de Mendoza entre los indios del territorio portugués. Entre tanto, el adelantado remontó el Paraná, dejando á Buenos Aires en manos de Ruiz Galán, cuya tiranía brutal ha estampado una huella de abominable corrupción en la primera página de la historia argentina. La inquietud se había apoderado del alma del adelantado.—Los combates sangrientos en que vió

caer á su hermano Diego; la muerte desastrosa del capitán Luján, y el asalto impetuoso, que puso la población á pique de perecer en Junio de 1535, en el cual los cañones fueron impotentes para aterrar á los bravos indígenas, que arrojaban dardos con mechas encendidas, y llegaron á atacar la escuadrilla española incendiándole cuatro buques, todo esto, digo, acobardaba al guerrero de Italia, acostumbrado á la victoria ó á recibir fortaleza, de la fortaleza de sus jefes.—El hambre causaba los más dolorosos estragos entre los conquistadores. Las crónicas de la conquista retratan con vivo colorido los horribles padecimientos de aquellos pobres soldados, que si hemos de prestarles crédito, llegaron hasta devorar los cádaveres de sus compañeros de infortunio.

Mientras tanto, Oyolas remontó el río Paraguay, combatió con felicidad á los indios, y después de tomar por asalto la fortaleza de Lambaré en su margen izquierda, concluyó una alianza ofensiva y defensiva con los guaraníes, que había vencido, y fundó el 15 de Agosto de 1536, el fuerte de la Asunción. En cumplimiento de su compromiso protegió á sus aliados en la guerra que rompieron contra los agaces, venciéndolos en un combate sangriento, y se incorporó algunas de sus fuerzas, para dirigirse en seguida hacia el Perú, mientras que su compañero Diego Martínez de Irala, quedaba en la Candelaria comprometido á esperarlo seis meses. Mendoza envió algunos de sus oficiales con intento de

averiguar el resultado de la expedición de Oyolas. Subieron en efecto hasta la Asunción, donde á principios de 1537 formalizaron la fundación de la ciudad, y al volver uno de ellos (Juan de Salazar) á avistarse con el adelantado, encontraron vacío su puesto. Llevando consigo algunos que quisieron acompañarle, traspasó sus poderes á Juan de Oyolas, dejándoles largas instrucciones, y dió la vela para España. La muerte sorprendió en el camino á aquella naturaleza gastada por el vicio, y tuvo la suerte de no sobrevivir á su vergüenza.

El cronista Herrera consigna la sustancia de las instrucciones que dejó á Oyolas. Apenas se lee en su texto una regla de buen gobierno, que expresa la vacilación que lo embargaba, reduciéndose en general á indicarle el interés pecuniario que reserva en la conquista, y á autorizarlo para vender el gobierno, si los conquistadores del Perú llegaran á ofrecerle condiciones equitativas. Ved, ahí, señores, la vulgaridad de una alma, retratada en toda su desnudez. Ved ahí, á los bayardos del Río de la Plata, vendiendo al mejor postor la investidura de propagandistas del Evangelio, que tan fastuosamente ostentaban.—Mientras estos acontecimientos ponían la empresa en una faz diversa, Oyolas con el auxilio de los guaraníes había acometido, como dejo indicado, su fabulosa expedición á través de las selvas salvajes del Gran Chaco.—Es de notar, por la uniformidad de este fenómeno en la conquista de la América meridional,

que la raza indígena caía frecuentemente devorada por la anarquía y la falta de conexión entre las diversas tribus en que se dividía; hechos explotados hábilmente por los conquistadores, que por medio de alianzas ventajosas volvían contra los indios sus propios elementos. Con éstos contaba Oyolas, en gran parte, para su exploración. El intento imperturbable de los colonos fué desde el primer día en que pusieron el pie sobre el territorio argentino buscar camino hacia el rico reino del Perú, y las exploraciones y fundaciones en el Paraguay tenían por único objeto facilitar esta empresa, creando centros intermedios entre la entrada del mar y las tierras de allende las cordilleras. El varonil y desgraciado expedicionario pereció en su empresa. Galán horrorizaba los colonos con su conducta brutal. Irala combatía con brío en el Paraguay. La fortaleza de Corpus se salvó de una invasión sangrienta, mas fué enseguida abandonada, y por lo que respecta á la conquista en sí misma, puede afirmarse que se encontraba en el mismo pie que al desembarcar Mendoza. Hazañas aisladas, actos de terror sobre los indios, estériles, si no contra productores, no podían de seguro prometer un éxito rápido y feliz á las empresas españolas, que pecaban por vicios esenciales.

Impuesto el emperador de los desastres que Mendoza no había sabido conjurar, y deseoso de remediarlos, envió en 1537 al veedor Alonso de Cabrera, encargado de transmitir á los conquistadores del Río de la Plata, una cédula en que los

autorizaba para nombrar su gobernador, en caso de haber fallecido el delegado de Mendoza. Cabrera y Galán partieron hacia la Asunción, llevando consigo la mayor parte de la guarnición de Buenos Aires, y dejando á la cabeza de sus restos al capitán Juan de Ortega. En la Asunción supieron la muerte de Oyolas, y verificada la elección, recayó sobre Domingo Martínez de Irala, que subió al poder á principios de 1540, ordenando desde luego la evacuación de Buenos Aires.—Irala se consagró con extraordinaria perseverancia á fomentar la ciudad de la Asunción, baluarte del poder español en esta región, poco aparente, sin duda, dado que se encontraba como sumergido en la muchedumbre de la población bárbara, pero el único con que á la sazón contaba en el Río de la Plata.

Instalado el Cabildo con los antiguos capitulares de Buenos Aires, repartieron las tierras urbanas, se fundaron escuelas para educar los niños y se estimuló la construcción de casas espaciosas y decentes. Se rodeó además la pequeña ciudad con una especie de muralla hecha de gruesas maderas, preparándola de cierto modo para una defensa, cuya importancia no tardaron en apreciar. En aquellos momentos se reducía á 600 personas la población civilizada del Río de la Plata, inclusive la tripulación del buque genovés Pachalda, que en viaje hacia el Pacífico por el estrecho llegó de arribada á Buenos Aires. El resto había perecido en los combates ó bajo el azote del hambre, á excepción de los que acompañaron á Mendoza en su indecorosa retirada.

Las predicaciones religiosas comenzaron también en aquella época, bien que en una escala muy reducida, ya por la escasez de misioneros, ya porque su sistema era desgraciadamente ineficaz, teniendo que valerse de intérpretes, que traducían sus palabras sin comprender á fondo su pensamiento, porque aun no se habían dedicado al estudio de las lenguas indígenas, como más tarde lo hicieron, con extraordinario tesón y provecho para la conversión de los indios y la historia filológica de nuestras antigüedades.

El nombramiento de Irala era interino. Desempeñó acertadamente sus funciones durante dos años; salvó la Asunción del levantamiento de los guaraníes, que debió estallar en la tarde del jueves santo de 1541, y sostuvo con honor de sus armas, varias guerras victoriosas contra diversas tribus del Paraguay.

El 11 de Marzo de 1542 llegó por tierra á la Asunción, desde las costas del Brasil, donde desembarcó, el segundo adelantado del Río de la Plata, el hidalgo aventurero Alvaro Núñez Cabeza de Vaca, en cuyas manos entregó Irala la primera autoridad, aceptando el puesto de su maestro de campo general, con que, según sospechan antiguos historiadores, quiso Núñez acallar la inquieta ambición del intrépido vizcaino.

La regularidad introducida por Irala durante su gobierno interino en el foco de la conquista, no había impedido el desarrollo de los gérmenes funestos que el cuerpo moral de la aventura encerraba en sus entrañas. Yo quisiera

revivir ante vosotros el cuadro de su vida. Aquellos aventureros no eran cruzados religiosos, con el alma impregnada del entusiasmo, que hervía en el corazón de los guerreros de Jerusalem: no eran tampoco conquistadores ambiciosos de llevar por mundos desconocidos la fama de su nombre, y sometiendo razas salvajes al poderío de su brazo y al ascendiente de su espíritu. Venían á América atraídos por fábulas que halagaban su avaricia. De lo contrario, no habríamos visto á Mendoza proponiendo en venta sus títulos de conquistador, ni mil otros detalles, que sería tedioso referir aquí, pero que nada agregaría á la evidencia que produce el examen de su conducta, desacertada en política, indolente respecto de la religión, que no se propagó por la conquista sino á pesar de la conquista, gracias á la apostólica perseverancia de heroicos predicadores de la cruz.

En vez del *Rey blanco*, encontraban la pobreza. Su propósito no era levantar colonias sobre la industria y la civilización; sólo aspiraban, y á esto se reducía su instinto novelesco, á recoger el oro á montones y volver triunfantes á España, á restablecer la balanza desequilibrada por las rapaces exacciones de los flamencos servidores del emperador. Viven, en vez de nadar en la opulencia que soñaron, reconcentrados en un villorio miserable; ocultando los unos su vanidosa nobleza, los otros su obstinada avaricia, bajo el techo de tacuaras y de barro, de casas muy poco superiores á las chozas del salvaje de

hábitos sedentarios, alimentándose con raciones de maíz ó de galleta, que disminuyeron á veces hasta tres onzas diarias, y sin poder contar con la seguridad de un día, perdidos entre millares de enemigos implacables sin un hombre capaz de reaccionar, mejorando la suerte, porque Ira-la, la primer figura de la conquista, no contó hasta entonces con el tiempo necesario para desenvolver sus recursos.

A la disipación de sus sueños debió naturalmente seguir la inquietud de la pasión lastimada. En esta situación espinosa vino á tomar las riendas del gobierno el segundo adelantado.

Recto y severo de carácter, dotado de bastante energía para adelantar la conquista, carecía, no obstante, de las cualidades requeridas para dominar la turbulenta fermentación de la aventura. Podría haber encaminado el elemento español á la victoria, si su armonía lo hubiera hecho dócil á la dirección del jefe. Pero aquellas voluntades encontradas y enemigas, rodeaban su alma con una atmósfera tormentosa en que desfalleció. Cautivo durante largos años de los indios de la Florida, había perdido en la soledad el secreto de las pasiones humanas, y su brazo no era bastante poderoso para enfrenarlas á la vez que empujara el carro de la conquista. Era la suya una de esas organizaciones honradas y candorosas, que miden todos los corazones por el tipo de su propia lealtad, y se envenenan con el amargo desencanto cuando las pasiones villanas imperan y las combaten. Necesitaba la paz

interior para promover los negocios comunes, y en el siglo XVI se trataba de hacer el bien contra la voluntad del beneficiado. Alvaro Núñez no era capaz de dominar la anarquía y obligarla á reconcentrarse en rumbos señalados. Por otra parte, no parece que se apresurara considerablemente á implantar las reformas. A excepción del refuerzo de misioneros que condujo consigo, ninguna otra novedad importó su gobierno.

Allí se necesitaba uno de esos caudillos singularmente ricos de poder propio, que semejantes al marino que goza con tremendas voluptuosidades, cuando la tempestad lo combate, arrojándolo en el vértigo de peligros sin cuento, así cruzan, como un águila entre los rayos, sin miedo del desenfreno de las pasiones y las dificultades, gozosos de encontrar oportunidad para desplegar en la acción todas sus fuerzas; hombres que sólo en la tormenta viven con toda su vida, por el ejercicio simultáneo de resortes habitualmente dormidos como el ala del ave que vuela á favor del viento. Esto fué Hernán Cortés; esto fué también Martínez de Irala, pero el honrado Cabeza de Vaca no se acercaba al tipo reclamado por la crisis, que su posición le llamaba á superar.

Temeroso de Irala, cuya ambición, si atendemos á nuestros historiadores antiguos, comenzaba á abrirse un camino, que merecía recorrer, le ocupó en expediciones exploradoras por el Alto Paraguay, que él á su vez se aprestaba á continuar. —Bajo su gobierno se hizo la paz con los

guaycurús, y se sofocaron varias sublevaciones de distintas tribus, dando lugar á que el prestigio del que creía su rival, aumentara merced á sus hazañas de soldado. Exploró en persona la isla de los Orejones, y cuando reposaba en la capital, de sus fatigas, fué sorprendido por una revolución que, al grito de *Viva la libertad! Viva el rey!* se apoderó de su persona y lo encarceló. Diez meses después fué embarcado para España, donde llegó custodiado y se le siguió un larguísimo proceso, promovido por los revolucionarios, á cuyo término fué declarado inocente é indemnizado de sus amarguras con una renta que le aseguró la tranquilidad de su honrada vejez. Vencido y depuesto Núñez, los amotinados levantaron tumultuosamente á la cabeza de la colonia á Domingo Martínez.—Era el año 1544.

Las crónicas de la conquista difieren en sus apreciaciones sobre la complicidad que pudiera tener Irala en el motín de la Asunción. Su persona ha sido entre los conquistadores una de las más discutidas en controversias históricas, circunstancia que facilita el formarse una idea aproximativamente exacta acerca de su carácter. Todos los analistas jesuitas y con su autoridad el doctor Funes, pintan con negros colores los primeros pasos del aventurero hacia el dominio de la conquista, mientras que Ruiz Díaz, su nieto, aduce todo género de argumentos para justificarlo. Creo que puede afirmarse sin incurrir en ligereza de juicio, que su nombre no está limpio de manchas, y que sus contemporáneos